

Letrillas



MÉXICO

La lucha por la democracia no se detiene nunca

por Enrique Krauze

No me cabe la menor duda de que, en los últimos treinta años, estas han sido las elecciones más inequitativas de las que yo tenga memoria. En 1994, Ernesto Zedillo salió en público a decir: “Quiero reconocer que ha sido una victoria en condiciones inequitativas.” Hemos tenido, por tanto, una

gran regresión en ese sentido, sobre todo por la intromisión ilegal del presidente de la república en el proceso electoral. No podría decir que esta y el resto de las irregularidades que en su momento se han señalado habrían cambiado drásticamente el resultado. Pero si de algo estoy seguro es de

que la conducta de López Obrador no corresponde a la de un gobernante democrático.

Aunque datos preliminares apuntan a una supermayoría en las cámaras, no debemos perder de vista la sobrerepresentación que, interpretando a modo las leyes mexicanas, pretenden Morena y sus aliados. Yo espero que el partido oficial no logre esa sobrerepresentación, en primer lugar porque no la obtuvo en las urnas y, en segundo, porque no es sano para el país. Morena ya ha amenazado con aprovechar sus mayorías para llevar a cabo el llamado “Plan C”, con el que busca dismantelar la estructura de nuestra república. Una estructura que, para tener una idea de la magnitud del despropósito, creó la generación de Benito Juárez y que se vio también reflejada en las Constituciones de 1857 y 1917.

El legado de Juárez supuso libertades, garantías individuales, el juicio de amparo y la división de poderes. En tiempos de Juárez y Lerdo, los ministros de la Corte eran absolutamente independientes, al grado de que escribían cosas que, si se publicaran hoy día, ya habrían merecido no sé cuántas diatribas presidenciales. Los ministros atacaban a Juárez y a Lerdo porque, en palabras de Daniel Cosío Villegas, eran fiera, altanera, irracional e insensatamente independientes. Y figuras como Juárez y Lerdo aceptaban que así fuera. Décadas más tarde, la Constitución del 17 introdujo reformas sociales fundamentales a la tierra, al trabajo, a la propiedad del petróleo y del subsuelo, pero refrendó la división

de poderes. Y ese espíritu republicano es el que la reforma al poder judicial, impulsada por López Obrador, quiere poner en entredicho.

Otro peligro del mencionado paquete de reformas involucra la desaparición del INE. Las elecciones de junio nos demostraron que es una institución fundamental, una conquista del México moderno que sería muy costoso perder. Eso no significa que no deban hacerse cambios en el panorama político a la luz de los resultados del 2 de junio. Los partidos de oposición tienen que entender que su ciclo ha entrado en una crisis muy seria, en algunos casos terminal, y que están obligados a hacer un profundo examen de conciencia, porque cometieron errores muy graves. No obstante, Xóchitl Gálvez merece un reconocimiento a su valentía, lo mismo la denominada Marea Rosa, cuya inmensa presencia ciudadana a favor de la democracia y el INE no habíamos visto en la historia reciente del país.

Como nos demostró el episodio del vasconcelismo en 1929, sería un terrible error abandonar este movimiento y no aprovecharlo para crear una nueva institución política. Partidos como el PAN y Movimiento Ciudadano deberían considerar cómo articular una opción civil, no para ser la enemiga, sino para conquistar al electorado en las próximas elecciones. Otra gran lección del siglo XX mexicano fue en 1976, cuando, después del triunfo arrollador de José López Portillo —en virtud de que era el único candidato—, su secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles entendió que no podían gobernar solos, que el poder absoluto terminaría por carcomerlos y abrió el sistema de representación a otras opciones a través de las plurinominales.

Sobre la participación de López Obrador en el siguiente sexenio conviene no especular. Desde 1934 hemos tenido un presidente cada seis años y ese presidente no se ha peleado con el anterior salvo excepciones. Cada

nuevo mandatario ha tomado su distancia y ha gobernado bajo un estilo propio una vez que ha recibido la banda presidencial. Pocos países en el mundo han tenido nueve décadas de esa continuidad. Yo espero que esa regla continúe, que el presidente López Obrador salga y no le haga, a pesar de su enorme popularidad, el camino difícil a su sucesora.

Sobre el presente y el futuro del país hay dos palabras clave: libertad y democracia. La libertad de expresión es un derecho humano natural inalienable y, sin embargo, esa misma libertad ha sufrido acoso durante el actual sexenio. Yo quiero tomarle la palabra a Claudia Sheinbaum cuando, en su discurso como ganadora de las elecciones, habló de concordia, paz y armonía, cuando habló de gobernar para todos, pero sobre todo cuando habló de garantizar la libertad, la libertad de expresión, de manifestación, etcétera. Abogo porque ese compromiso prevalezca. Los mexicanos tenemos que ser libres de poder expresarnos. Eso significa que, si decimos lo que pensamos, podemos ser criticados con severidad, pero nunca ser blancos de una calumnia, de un insulto o estar en la mira del crimen organizado, para el que la vida —como dice la canción de José Alfredo Jiménez— “no vale nada”.

La segunda idea que no debemos olvidar es que la democracia, desde los griegos, es una institución frágil. A pesar de haberla inventado, los antiguos griegos vivieron solo unos pocos años en democracia; la perdieron y luego pasaron varios siglos antes de recuperarla. La democracia es frágil porque no solamente se traduce como el gobierno de la mayoría sino también como el respeto a las minorías. La democracia significa negociación, debate, capacidad de escuchar al otro, de sentir empatía por el otro. La democracia es una lucha continua. A la democracia no se le conquista nunca de manera definitiva.

Estoy convencido de que la democracia ha sido vulnerada en este

sexenio. Quienes por décadas hemos sido críticos lo seguiremos siendo en el gobierno de Claudia Sheinbaum. Sin embargo, es necesario afianzar un clima de tolerancia a la opinión, al disenso y a la crítica. Los votantes de cualquier signo político debemos coincidir en nuestra convicción de cuidar de nuestra joven democracia. ~

Este artículo se basa en la conversación sostenida entre Enrique Krauze y Carlos Loret de Mola, el 5 de junio, para Latinus.

ENRIQUE KRAUZE es historiador, ensayista y editor, director de *Letras Libres* y de la editorial Clío. Su libro más reciente es *Spinoza en el Parque México* (Tusquets, 2022).

CINE

Cómo llegué al hotel Martínez

por **Bárbara Mingo Costales**

Fui a una tienda de cuentas a granel porque quería hacerme un collar. La parte frontal imitaba corales rojos, pero lo necesitaba un poco más largo, así que me harían falta otras cuentas. Entre los abalorios más graciosos, de aire chino, no quise elegir los que quizá eran más bonitos, los que tenían pictogramas, porque no los entendía y me inquietaba llevar colgado del cuello un mensaje desconocido, quién sabe si en contra de los compradores de abalorios. El collar rojo iba bien con un vestido verde que tenía para ir a Cannes. R, que estaba trabajando allí, me había invitado a visitarlo en el festival, donde además estrenaban una película en la que yo tenía un par de frases. La aprensión demasiado suspicaz hacia los abalorios de plástico, que quizá, como parecían, no eran más que

adornos, me la tomé como una señal de cansancio.

Al acomodarme en el asiento, como me apetecía mucho el viaje y porque me pareció que así descansaría más, preferí no poner el teléfono en modo avión, no quedarme en las medias tintas, sino apagar completamente el aparato. Pulsé el botón con gusto y decisión y dediqué unos segundos a contemplar la cubierta del libro que me disponía a empezar: la foto en blanco y negro de unas banderas japonesas en forma de pez, de carpa, que se llaman *koinobori* y se cuelgan para celebrar las fiestas dedicadas a los niños. En esta foto, a las carpas las mueve un viento fuerte y al fondo algunas personas caminan bajo unos cerezos en flor. El libro se llama *Diario de Kioto* y cuenta una estancia allí de lunes a viernes. El diarista, Ernesto Hernández Busto, debe acomodarse al ritmo de la ciudad que de todos modos deberá abandonar al final de la semana. El acoplamiento a lo impermanente se acaba revelando como uno de los temas del libro, pero eso no lo sabía yo aún mientras el avión viajaba hacia el este, a través de las nubes, y quizá tampoco lo sabía el viajero por el Oriente extremo.

Está en un hotel muy bueno, pero se pregunta si no ha sido un lujo excesivo, dado el tiempo que va a pasar en la calle. Sale a cenar con unos amigos. Me fijo en lo que beben. No son moderados. De día visita templos. Intuimos que acaba de tener un disgusto con una mujer. Hay un verso del poeta David Hinton que recorre el libro y que provoca una sensación similar a la de los koans, la intuición un poco desasosegante de que el sentido aparente que le encontramos se evapora al segundo siguiente, para dejar paso a uno nuevo. Y sin embargo el estado en que nos pone, desentrañando algo indesentrañable, es su valor. *What happens never happens enough*.

Yo leía el libro atravesando las nubes y me sentía a gusto y tranquila. Un viaje en el lado de la ventanilla leyendo un libro es uno de los placeres



del mundo moderno. Miras la página, miras por la ventana, piensas en tu vida y no puedes hacer nada porque no conduces el vehículo... Entonces, cuando el avión estaba a punto de aterrizar en Niza, caí en la cuenta de que me había metido en un pequeño problema moderno. Hacía poco había cambiado de compañía de teléfonos. Mi bonita clave capicúa ya no me servía para la nueva tarjeta, y de la nueva no me acordaba. No podía encender el teléfono, no podía avisar de que había llegado, no podía consultar la dirección a la que tenía que ir. Pero yo sabía que el apartamento estaba en un lateral del hotel Martínez, y como días antes había recibido escritas las instrucciones para coger primero un tranvía en el aeropuerto de Niza, luego un autobús hasta Cannes, donde, una vez llegada, no me costaría encontrar La Croisette y seguir su trazado hasta el hotel, en cuyo costado tendría que ponerme a merodear hasta ser divisada, tenía una idea bastante clara de lo que debía hacer. Lo que más sentía era no poder avisar. Por lo demás, la sensación de depender de mí misma, como si el cuerpo recuperase una cierta dignidad y armonía, porque la parte física conserva una memoria en anticipación del sentido en el que debe moverse para llegar a su destino, para conseguir su fin inmediato, y la parte psíquica levanta

las orejas, contenta de tener que estar otra vez alerta después de tanto tiempo de haberse entregado al robot, y ambas, la física y la psíquica, colaboran y recuperan su unidad y así pueden ya aspirar a la unidad con lo circundante... por todo eso la sensación de estar en mis manos me llenó de vitalidad. Qué ridículo es que del sencillo hecho de no poder encender el teléfono se deriven angustias y también alegrías al comprobar que seguimos conservando la memoria y el sentido de la orientación y la capacidad de comunicación, pero da la medida de lo dependientes que nos hemos vuelto.

Conseguí llegar al hotel. A pesar de llevar a una pasajera incommunicada como yo el autobús funcionaba, y recorrió la carretera de la costa entre las adelfas y las palmeras polvorientas. Ya en Cannes, seguí ortogonalmente el trazado de las calles hasta llegar al mar, casi guiada por el olfato. Ese vulgar logro me hizo sentir orgullosa, aunque es más un mérito de siglos de urbanismo que de mi sentido la orientación. Por las bulliciosas calles me crucé con las mujeres recauchutadas, con los tíos con aire de mafiosos eslavos, y también, varias veces, con ese tipo de hombre con un pelo frondoso y blanquísimo que contrasta con la piel muy morena, como el Belmondo viejo, que es característico del Mediterráneo.

Entonces tuve la fortuna de encontrarme con J, que me prestó el teléfono para hacer la llamada de los detenidos que me devolvía al mundo contemporáneo, y así pude culminar la misión de depositarme a mí misma en el apartamento antes de salir a cenar por la ciudad, que vería a la cegadora mañana siguiente desde el promontorio donde se levanta la ciudad vieja, donde hay una iglesia con una capilla

en la que, en agradecimiento por haber podido volver salvos al puerto, cuelgan pequeños barcos pesqueros a escala, y antes de leer en el avión de vuelta, en las últimas páginas del diario de Kioto, “sigue el camino luminoso y disfruta de cada recodo desde tu mirador transitorio”. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 ha publicado *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).



LITERATURA

Alice Munro y el paisaje interior

por **María José Evia Herrero**

Una niña lee la versión original de “La sirenita” y decide escribirle un final alternativo, uno feliz. La misma niña observa a las otras niñas y a las mujeres de su entorno; no sabe que

no son “temas literarios”, así que escribe sobre ellas. No le falta confianza porque nadie le ha dicho sobre qué hay que hacer historias ni quiénes las hacen, en qué lugares. Cuando se entera, muchos años después, sigue escribiendo: roba momentos en los que sus hijas duermen o están en la escuela. No publica su primer libro hasta los 35 años, pero para entonces lleva ya décadas explorando el mundo interior de esas mujeres y niñas de su infancia.

Como todas las biografías, la de Alice Munro (1931-2024) se puede contar como una épica en la que

una mujer criada en una zona rural por una familia de clase trabajadora gana el Premio Nobel de Literatura o como el aburrido recuento de las horas y los días, de las cenas preparadas y los años vividos en la misma área de Ontario, Canadá. Y así sucede con sus cuentos. Es fácil decir que en ellos “no pasa nada”, pero también puedo enlistar decenas de cosas que pasan: muchos viajes, muertes, abuso, violencia doméstica, enfermedades, corazones rotos, abandonos, encuentros sorprendidos. La trama está ahí, pero están también las obligaciones de las vidas poco emocionantes. Un excelente texto humorístico de Eve Asher titulado “Cómo saber si estás en un cuento de Alice Munro” lo resume a la perfección con la línea: “Asesinas a tu marido. Décadas después, te das cuenta de que apenas tuvo importancia.” Las heroínas de Munro siempre están viendo hacia atrás y dándose cuenta de que nada importó mucho y al mismo tiempo de que gestos casi imperceptibles cambiaron todo su rumbo. Sean esposas o académicas, médicas o costureras, da igual. Las cosas suceden continuamente y ellas ponen un pie detrás de otro.

En *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio*, una broma cruel de dos adolescentes aburridas termina por darle una familia a una mujer solitaria, pero quizá la escena más memorable es cuando esa mujer solitaria compra un traje en la única *boutique* del pueblo y se ve en el espejo con satisfacción por primera vez en su vida. ¿Es esa interacción con la dueña de la tienda la que hace que todo cambie, más que las cartas falsas de un hombre que ni siquiera la recuerda? No sabemos. Tampoco sabemos si en “Ver las orejas al lobo” la mujer con alzhéimer que se enamora de un compañero del asilo está de alguna forma ejerciendo venganza por las constantes y ya lejanas infidelidades de su esposo. En un cuento de Munro nada es tan sencillo.

La escritora nació en Wingham, Ontario, el 10 de julio de 1931 y vivió

The Waterboys: La *big music* (más grande aún)

por **Rodrigo Fresán**

Si —como se cree o se quiere creer— los ochenta años de edad serían ahora los nuevos sesenta, entonces, musical y más que probablemente, los años ochenta fueron una suerte de años sesenta 2.0. Una buena suerte de —luego de los un tanto más reposados por resaca y confesionales y sinfónicos setenta— donde volvió a experimentarse y descubrirse. Y —acaso fortalecidas por el estallido visual de MTV y la explosión del rock'n'pop para estadios— se sucedieron modas y etnias y estéticas y sonidos y sabores para todos los gustos y oídos. Sí: hubo un tiempo dorado en el que todos querían sonar únicos y diferentes en lugar de, como ahora, producir estático y común ruido con voces homologadas por el espejismo del vocoder cantándole no a lo febril sino a lo apenas calenturiento. Un espejismo narcisista en el que ahora ya se ha asumido al rock como oasis y remedio para ya añejos melancólicos o tónico para milenaristas que se maravillan o lloran filmándose y difundiendo *on line* mientras escuchan/reaccionan por primera vez a *Remain in light* o a *Full moon fever* o a *So* o a *Let's dance* o a *Sign o' the times* o a *New York* o a *London calling* o a *Closer* o a *Making movies* o a *Oh Mercy* o a *Murmur* o a *Imperial bedroom* o a *Synchronicity* o a *Tattoo you* o a *Graceland* o a...

... *This is the sea* de The Waterboys. Indispensable del primer al último de sus tracks. Gran hito de la década. Tercer álbum de la londinense banda al servicio del escocés Mike Scott (editado en 1985 luego de *The Waterboys*

casi toda su vida en la misma área, con excepción de un periodo de veinte años en su primer matrimonio en los que vivió con su familia en Vancouver y Victoria. Se crio en una granja de visones administrada por su padre y su madre vivía con enfermedad de Parkinson, elementos que pueden leerse en su única novela, *La vida de las mujeres*, aunque pasados por el filtro de la ficción. Estudió solo dos años en la universidad, porque era la duración de las becas en ese entonces, y después se casó. De su tiempo en los suburbios, dijo en su fascinante entrevista en *The Paris Review* que el tedio de las fiestas con divisiones entre hombres y mujeres era casi insoportable: “había muchas pláticas competitivas sobre aspirar y lavar la ropa”. De la etapa en la que ella y su esposo pusieron una librería en Victoria y ella escribía algunas noches en las que él se encargaba de la cena dijo que fue la más feliz de ese matrimonio.

Al hablar de su carrera, Munro por fuerza tenía que hablar de la etapa en el crecimiento de sus hijas, de su vida doméstica. *Qué* se escribió antes de que fueran a la escuela, qué después. Cómo estar absorbida por una nueva historia era tan real como tener que detenerse para poner la cena en la mesa y, años después, con hijas adultas, aún mencionaba las labores necesarias para sostener la vida y el hogar: “Creo que no comprendía que había unas condiciones mejores que otras para escribir. Lo único que alguna vez me detuvo en la escritura fue tener un trabajo, cuando fui definida públicamente como escritora y me dieron una oficina”, le dijo al *Paris Review*. Aunque nunca quiso ser una inspiración, sino más bien una escritora que hiciera historias disfrutables, como respondió al ser entrevistada por su Premio Nobel en 2013, no puedo evitar que la carrera de Munro sea para mí un faro. No tanto por los resultados de su trabajo, que son únicos e inigualables, como única e inigualable debe ser la obra de cualquier

artista, sino porque su manera de hablar de las ambiciones creativas (y sí era ambiciosa) se siente como un mapa para repensar la idea de la clase intelectual y del Escritor con mayúscula. Alice Munro quería contar las historias de las personas entre las que vivió toda su vida y no le parecía un objeto de estudio menor, así como le era imposible hablar de su prosa y sus ideas acerca de la literatura sin mencionar el ancla (y a veces el lastre) de su vida doméstica.

El permanecer por más de setenta de sus 92 años de vida en Ontario (un paisaje que, dijo, llegó a considerar necesario) le dio también la oportunidad de ver cambiar los pueblos y ciudades, así como los valores de las comunidades. Lo podemos notar en libros como *¿Quién te crees que eres?*, donde, a lo largo de varios relatos que abarcan décadas, vemos cómo la protagonista Rose intenta escapar del pueblo de Hanratty y de su madrastra Flo, con dudosos resultados. “Una vez que regresé y confronté la verdad, sentí que el mundo de mi infancia que había usado en mis historias era un recuerdo barnizado. Flo era una personificación de lo real, mucho más dura de lo que recordaba”, reconoció la cuentista.

Munro no quiso realmente escapar de la granja de visones, de la pobreza y de los chismes de pueblo, sino más bien acompañar a sus personajes, mostrarnos todas sus dimensiones y la hipocresía de la clase media al momento de observar el mundo rural. El material le llegaba siempre en la forma de anécdotas, conversaciones y también investigación histórica de su tierra y su familia (*La vista desde Castle Rock* es una recreación de la travesía de su familia paterna de Europa hasta Canadá), demostrando que unos pocos kilómetros en la misma provincia donde nació no eran cortos sino profundos, y profundamente suyos. ~

MARÍA JOSÉ EVIA HERRERO es escritora y editora.

en 1983 y *A pagan place* en 1984) y destino y meta alcanzada en su búsqueda de esa *big music* que marcó a la primera encarnación del combo. “He oído la gran música / y ya nunca seré el mismo. / Algo tan puro / que acaba de decir mi nombre... Sombras a mis espaldas, éxtasis por venir”, cantaba allí Scott por amor y agradecimiento a aquello que honraba al aterciopelado y subterráneo Lou Reed ya desde el nombre del grupo y tenía a Patti Smith (protagonista de su primer casi *bit*, “A girl called Johnny”) como gloriosa sacerdotisa. Y vino el éxtasis. Y, sí, Mike Scott y los suyos (a destacar los decisivos aportes de Anthony Thistlethwaite y el nunca del todo ponderado y recientemente fallecido Karl “World Party” Wallinger) conseguían el oleaje de un sonido épico-epifánico mucho más sofisticado y maduro y literario y personal que las por entonces grandilocuencias un tanto adolescentes y mesiánicas de Simple Minds o The Alarm o Big Country o, muy especialmente, de U2 (“Ellos tenían la firme intención de ser la banda más grande del mundo y Bono era un gran *frontman*, pero ser los mejores *songwriters* no parecía algo que fuese parte de sus deliberaciones”, diagnosticaría con acidez Scott).

Así y de ahí, en *This is the sea* Scott parecía proponerse —y ser aceptado sin mayor dificultad y resistencia— como el chamánico eslabón perdido entre Bob Dylan y Nick Cave en nueve *tracks* tan encandiladores como encandilados y tan enceguedores como visionarios, donde comulgaban lo carnal y lo espiritual, lo dionisiaco y lo evangélico, la decadencia del Imperio y la fortaleza de Brigadoon, las canciones de odio y las de amor, los tambores a aporrear y las trompetas amorosas y saxos como cometas y tsunamis de teclados, esos ululantes marca de la casa *whoo-oohs!* de garganta profunda y, sí, el oceánico mar y la luna al completo. Allí, la muy versionada (y protagonista de una emocionante escena final con flash-mob

nupcial al final de la serie *The affair*) “The whole of the moon”. Canción que es, sin duda, no solo lo mejor del álbum sino que se cuenta y canta entre lo mejor de la década (y así lo certificó un Premio Ivor Novello a su soberbia humildad y a su rendida grandeza). Ese himno que Scott comenzó a escribir en el preciso instante en que su novia, “en una ventosa calle de Nueva York”, le preguntó si era muy difícil escribir una canción y “¡Claro que lo es!”, fue la respuesta del novio. Y, sí, la novia contó que se quedó muy pero muy impresionada con su novio. Pero todo el conjunto funciona en su totalidad desbordando de melodías en llamas y versos encendidos que Scott fue rimando en un *black book of shadows* para apuntar hechizos comprados en Magickal Childe, “una tienda de magia y hechizos” alguna vez frecuentada por John Lennon. En sus páginas blancas, Scott —confeso maniático referencial— dio fondo y forma a un ciclo de canciones en las que se disfruta de guiños y agradecimientos al “Penny Lane” de The Beatles, la Narnia de C. S. Lewis, la *sweet thing* de Van Morrison y la *lost highway* de Hank Williams, el Wounded Knee de Dee Brown, The Clash, W. B. Yeats (a quien años después dedicaría un álbum entero), David Bowie, la Manhattan realista-mágica-dickensiana de Mark Helprin, Prince, el jardín secreto de Frances Hodgson Burnett, Bruce Springsteen, James Joyce, Jimi Hendrix, Walt Whitman, los Rolling Stones *circa* Brian Jones, los darwinianos bebés acuáticos de Charles Kingsley, Steve Reich, Jack Kerouac, The Doors, James Welch, sus contemporáneos The psychedelic furs y Echo and the Bunnymen, Rimbaud, The first edition, George Armstrong Custer y Toro Sentado, Woody Guthrie, Handel, Dylan Thomas y Bob Dylan y siguen las firmas y los afirmados. Mike Scott contó en detalle todo el proceso de creación en su muy recomendable autobiografía —*Adventures of a Waterboy*—, pero, hasta

hoy, faltaba el asomarse a la totalidad sónica de la experiencia. Algunas piezas se habían movido ya en las recopilaciones y demos *The secret life of The Waterboys*, *Too close to heaven*, *In a special place* o en la versión doble de *This is the sea*. Pero quedaba mucho por navegar.

Ahora, 1985 es la tercera *box* arqueológica de Scott & Co. luego de *Fisberman's box* y *The magnificent seven* dedicadas a los inmediatamente posteriores *Fisberman's blues* y *Room to roam*. Los seis CD de 1985 incluyen todo lo registrado durante el durante en 95 tracks (63 de ellos inéditos) más una versión remasterizada de *This is the sea* y un exhaustivo cuadernillo (a una versión limitada y deluxe se añade un libro de 220 páginas) en el que Scott explica canción a canción y se zambulle y flota y da cuenta de la magnitud de la magna empresa. Aquí, los modos y maneras en los que la banda se va acercando a cada canción. En directos o en versiones ajenas o en emisiones de radio o con invitados del calibre de Tom “Television” Verlaine o en mensajes en contestadores telefónicos. Buena parte de todo esto quedándose fuera en su momento no por falta de calidad sino de espacio (“Son of dirt”, “The ways of men”, la versión *live* de “Bury my heart” o las sucesivas aproximaciones a “Beverly Penn” ya justifican precio y pago). Y todo como arrojando redes y anzuelos hasta atraparlas y exhibirlas triunfal como trofeos.

Luego, habiendo destilado a la perfección esa *big music* a la que le había cantado en *A pagan place* como se le canta a una amada —y pareciendo a punto de consagrarse como proverbial *next big thing*—, Scott dejó atrás las luces artificiales de Londres por la iluminación de velas de la campaña irlandesa. Así, The Waterboys mutó en algo así como muy *aviolinada* banda celta-folkie con Steve Wickham como paternal hermano de sangre y, en su propia definición, *raggle-taggle orchestra*, para conseguir su en principio desconcertante para muchos

pero casi enseguida considerada segunda indiscutible obra maestra: *Fisberman's blues*. La primera de sus muchas e imprevisibles transformaciones (incluyendo paréntesis solista de dos álbumes) con un Mike Scott para muchos insoportable y megalómano y autosaboteador profesional (actitud a la que se refiere en una canción conveniente y confesionalmente titulada “Lucky day / Bad advice”) pero, también, evidentemente genial con todos los problemas que ser eso implica.

Pero no importa.

The Waterboys siguen en activo, sus últimos y siempre polimorfos y perversos discos (llegando incluso a coquetear con la electrónica-dance o el funk-hip hop o el jazz-rock, pero nunca dejando de ser inconfundiblemente aguateros con sed de *big music*, porque la canción puede cambiar pero la voz de Scott es la misma) siempre incluyen profundas perlas. Sus conciertos son como una fiesta en playa o taberna de muelle. Y (seguramente no hay mayor gloria que la de que el maestro admire al discípulo) Bob Dylan sigue siendo fan de ellos.

A sumergirse entonces, pero nunca a hundirse ni ahogarse.

A mojarse de nuevo –1985 en 2024– como si fuese la bautismal primera vez.

Y a no olvidarlo nunca: aquello era el viejo río, pero esto es el por siempre joven mar. ~

RODRIGO FRESÁN es escritor. Su libro más reciente es *El estilo de los elementos* (Random House, 2024).



IN MEMORIAM

Edgardo Cozarinsky (1939-2024)

por **Maya González Roux**

Edgardo Cozarinsky falleció en su ciudad, Buenos Aires, el pasado 2 de junio. Escritor y cineasta, cineasta-escritor o solo escritor, pues consideraba al montaje como el momento clave del cine –“las películas se escriben durante el montaje”, decía–. Difícil arrojar una única luz sobre este contador pródigo de anécdotas, colosal memorioso, figura siempre en búsqueda y abierta a la experiencia, a los encuentros fortuitos, a lo imprevisible, amante de la nocturnidad, de las sombras y las elipsis, generoso con sus interlocutores. Tal vez todas estas imágenes se reúnan en una sola: la del viajero. Sí, Cozarinsky fue ante todo un curioso e incansable viajero.

Nieto de inmigrantes judíos que llegaron a la Argentina desde Ucrania y Moldavia a fines del siglo XIX, Cozarinsky nació en 1939 en Buenos Aires (acaso dos años antes, pero esa era una anécdota que reservaba para sus íntimos). En su juventud, ávido por las nuevas olas del cine, fue un gran lector de *Cahiers du Cinéma*. Y por supuesto de Borges: su magnífico *Borges y el cine* es una muestra del persistente cruce entre el cine y la literatura. Por aquellos años, logró codearse con algunos miembros destacados del círculo de Victoria Ocampo y ser colaborador de la revista *Sur* con traducciones y reseñas. Durante 1966, gracias a una beca que obtuvo para realizar una investigación sobre la obra de Ingmar Bergman, pasó unos meses por diversas ciudades europeas que alimentaron sus ansias de cine. A su regreso, filmó su primera película ..., título de difícil lectura, o *Puntos suspensivos. Esperando a*

los bárbaros (1971, el subtítulo pertenece a un poema de Cavafis), una suerte de ensayo, en el sentido literario del término, que se alejaba claramente del cine industrial y que no logró difundirse en Argentina debido a la censura. Aunque muy distintas a..., las cintas posteriores conservan una clara tendencia hacia lo fortuito: filmar, sostenía Cozarinsky, significaba abrirse a la experimentación; un filme jamás debía ser la ilustración del guion, de lo contrario el resultado no sería algo vivo.

Siempre en búsqueda de lo novedoso, agobiado por el clima político, en 1974 abandonó la Argentina y se instaló en París. Pero eso no lo convirtió en un exiliado: no lo fue, como tantas veces se ha dicho, y él nunca se reconoció como tal. Fue estudiante de Roland Barthes, a quien le presentó su ensayo “El relato indefendible” –una brillante defensa del chisme como origen de la novela–, en una versión más extensa que la publicada y premiada en 1973 por el diario *La Nación*, y que más tarde incluyó en su famoso y desopilante *Museo del chisme* (2005). Fue allí, en esa ciudad de “personas desplazadas”, como dijo más de una vez, que pudo por fin sentirse argentino, pero un argentino que elegía solo los aspectos positivos y preciados de esa “argentinidad”. Francia le permitía seguir siendo extranjero sin obligarlo a ceñirse a modelos o a filmar como un cineasta francés. Pero hay más. Porque al elegir ciertos rasgos y recuerdos, al recortarlos, eliminarlos y recuperarlos, al pergeñar entonces una idiosincrasia singular, Cozarinsky estaba haciendo un montaje de su propia argentinidad.

La libertad que le ofrecía el país gallo y el constante interés por lo experimental están en el germen de *La guerra de un solo hombre* (1981), filme-documental emblemático en el que los acontecimientos históricos –la Ocupación de Francia– son relatados desde la intimidad de los *Diarios* de Ernst Jünger leídos por Niels Arestrup. Se trataba entonces de una novedosa “puesta en conversación” entre



distintos materiales que nada tenía que ver con la clásica “puesta en escena”. El filme, que avanza como si fuera un libro hecho de citas, un “libro montado”, fue el inicio no tanto de una circulación más amplia como de un reconocimiento por parte de la crítica especializada. Le siguieron títulos con los que participó en muchos festivales internacionales de cine: *Jean Cocteau: autorretrato de un desconocido* (1983), *Guerreros y cautivas* (1989), *Bulevares del crepúsculo* (1992, en francés tiene un título más sugestivo, *BoulevardS du crépuscule. Sur Falconetti, Le Vigan et quelques autres... en Argentine*), *Portrait de Borges en Aleph* (1992), *Ciudadano Langlois* (1995, acerca del fundador de la Cinemateca francesa Henri Langlois), *Un siglo de escritores: Italo Calvino* (1995), *El violín de Rothschild* (1996), *Fantasma de Tánger* (1997), *Le cinéma des Cahiers* (2001), *Scarlatti en Sevilla* (2001), *Medium* (2020), o la trilogía tan aplaudida *Apuntes para una biografía imaginaria* (2010), *Nocturnos* (2011) y *Carta a un padre* (2013), entre muchos otros.

Estuvo once años sin regresar a su país. Volvió a pisar suelo argentino solo en 1985, invitado por el Instituto del Cine. Curiosamente o no, durante su estadía decidió hospedarse en un hotel. Ese mismo año también regresó, pero en la literatura, con su primera ficción: *Vudú urbano*, prologado por Susan Sontag y Guillermo Cabrera Infante. El libro fue saludado por la crítica y reconocido como una pequeña gema inclasificable, tal vez por su estatuto

ambiguo entre imagen y palabra como lo es, por cierto, su cine. Si bien se lo leyó como una “narrativa del regreso”, a decir verdad en Cozarinsky persistía el deseo por el movimiento, el viaje, el vagabundeo, como solía repetir. No debe sorprendernos entonces que la segunda parte de *Vudú* lleve por título “El álbum de tarjetas postales del viaje”.

Sin embargo, sí es verdad que este primer regreso fue el lento comienzo de muchos otros. El año de 1999 fue decisivo porque el autor plantó bandera, no en una tierra ni en un país, sino en la literatura. Luego de recibir un diagnóstico abrumador en un hospital de París, ciudad en la que siempre residía, Cozarinsky decidió que no debía perder más tiempo y comenzó a escribir, todavía en el hospital, los primeros cuentos que integran *La novia de Odessa* (2001). A partir de ese momento, no dejó de escribir y publicar textos de una belleza incisiva como *El pase del testigo*, *El rufián moldavo*, *Palacios plebeyos*, *Tres fronteras*, *Maniobras nocturnas*, *Lejos de dónde*, *Blues*, *La tercera mañana*, *Dinero para fantasmas*, *En ausencia de guerra*, *Disparos en la oscuridad*, *Dark*, *En el último trago nos vamos*, *Los libros y la calle*, *Variaciones Joseph Roth*, entre tantos otros. Casi todos los títulos comparten la predilección de su autor por la forma breve y por una escritura ante todo intuitiva —como su cine—, al cultivar la contemplación, se dispara en varias direcciones a partir de encuentros fortuitos al estilo de su admirado W. G. Sebald.

Judío de la diáspora, como se definía —y defensor de la causa palestina—, solo se reconoció como tal fuera de su país, viajando. Todas las cosmópolis lo seducían y despertaban sus sentidos, como Buenos Aires. Cozarinsky fue un testigo sensible del siglo xx que se sumergió en el ritmo de las grandes ciudades captando su palpitar. Se despidió escribiendo estos versos: “Recuérdame, murmura el polvo / y lo dispersa el viento.” Después de todo, y más aún si el ansia de movimiento persiste en el viajero, la escritura, la traducción y el recuerdo son otras formas y desafíos del viaje. ~

MAYA GONZÁLEZ ROUX es traductora y doctora en estudios hispanoamericanos. Actualmente trabaja como investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina.

CORRESPONSAL EN EL FUTURO

Esperando el ataque

por **Mariano Gistain**

Que quizá ha ocurrido ya.

Anuncio: Ya puede usted grabar bendiciones en las galaxias más lejanas. Precios aleatorios. Otros géneros no disponibles de momento debido a censura o prevención. Las bendiciones operan (reverberan) en todo el espectro cósmico y el emisor puede comprobar el efecto en el acto y sin límite de pings. El entrelazamiento cuántico permite soslayar el engorroso límite de la velocidad de la luz (una restricción infundada aplicable en ciertas situaciones pero no en todas). Una vez contratado el servicio y comprobado el retorno benéfico se borra la transacción y no queda rastro en la vida común; la empresa desaparece con cada servicio y se crea ex profeso cuando hay una nueva solicitud. Los precios son arbitrarios pues dependen de imponderables.

Esperando el ataque

Preguntas escogidas: ¿es posible que se hubiera producido y no nos hubiéramos enterado?

Es lo más frecuente, al menos según las simulaciones. Lo ideal para el invasor es que la agresión pase inadvertida *sine die*: entre otras ventajas la víctima sigue en alerta permanentemente esperando el ataque que ya se produjo y descuida el día a día.

(Sobre simulaciones trata el libro *El universo en una caja. Una nueva historia del cosmos*, de Andrew Pontzen en traducción de Álvaro Marcos para Debate. Del capítulo 5, “La mecánica cuántica y los orígenes del cosmos”, esta frase de la que se han eliminado los adjetivos: “los efectos cuánticos no se limitan al ámbito de los átomos”).

(Acercas de suprimir adjetivos: *Conversaciones sobre la escritura. Ursula K. Le Guin con David Naimon*, Alpha Decay.)

Busco en la poesía titulares (para seguir viviendo).

Este verso de Rafa Yuste en *Solo cuerpo* (Los Libros del Gato Negro):

Porque todo, pero nada.

Y de los aforismos y cuentos del libro, también de cabecera, *Perro sin nombre*, de Luis Carlos Marco Bruna, en Prames:

EN LOS MUROS DEL PARAÍSO:
INFIERNO
ETERNO
NO

Y de *Campos de Aragón*, de José Luis Gracia Mosteo (Olifante):

Llévame a la luz de las farolas,
llévame a tomar la fresca eterna.

Y de Miriam Reyes, el libro de poemas titulado *Con* (La Bella Varsovia):

eso que practicamos
de abrir el cuerpo y hacerse espacio
es un ir hacia atrás y hacia delante
en el tiempo.

La librería Cálamo de Zaragoza publicó en 2021 un libro-cuaderno con textos y dibujos de los veinte ganadores de sus premios, fundados en 2001, y que se titula: *No soy un libro. Soy un cuaderno ilustrado con textos y dibujos de los ganadores de los Premios Cálamo. También soy un regalo*. Maquetado por Víctor Gomollón, luce esquinas redondeadas, páginas sin numerar y lujo de blancos.

Busco en la poesía titulares y pretextos —y blancos— para garabatear. Frases para esperar en paz el ataque de los drones.

Laberinto de fantasmas

Quizá han atacado ya. Estamos como en la fortaleza de *El desierto de los tártaros*, del que Borges dijo en su breve prólogo que está “regido por el método de la postergación indefinida y casi infinita, caro a los eleatas y a Kafka”. Esperamos el ataque de aquí y de allá. Occidente, si queda algo, es el desdén por el veloz mundo exterior, postergar y no ver. Tiempo sobra siempre para la inacción. El informe Letta es de mal gusto citarlo, la metafísica se cifra en mercado único. Putin ha dicho el cinco de junio que sus misiles tácticos tienen mucha más capacidad destructiva que las bombas —reproche— de Hiroshima y Nagasaki. Se han celebrado los ochenta años de Normandía como una ceremonia para darnos ánimos. Murió Marilyn en su casa de malas maneras y de ahí viene todo. Un hombre ha edificado un gran laberinto pirenaico cerca de Jaca, en Huesca. Un laberinto con cipreses, sin Leteo ni Minotauro. Ángel Guinda escribió “Qué laberinto la luz” y Trinidad Ruiz Marcellán, que edita poesía en Olifante desde 1979 y recorre cientos de kilómetros con cientos de libros desde su palacio del Moncayo, mandó imprimir el verso en un mechero:

Qué laberinto la luz.

Quizá han atacado ya y no nos hemos enterado, el ideal del invasor, intruso, hacker. Estar dentro sin que el anfitrión lo sepa. Es lo que ha pasado. Se

ahorra mucho en bombas. Hay cada vez más ricos en España, lo que no implica que disminuyan los pobres, aunque podría ser. El ataque también podría ser de fuego amigo. O anónimo.

Anuncio /y 2: Se puede bendecir por una cuota variable. Todo queda grabado. Pero se puede borrar. El universo es editable. No se puede pedir, solo agradecer, dando por hecho el milagro, como así fue. *El universo en una caja* da una idea cuántica de la vida normal, lo que es una novedad.

Las economías informales de las grandes corporaciones alegorizan el caos evasor. Todo será formateado de nuevo y, como indica Marco Bruna (*op. cit.*), “El 99% de la población que vive en el Paraíso es feliz.”

Compro el *Jot Down* de marzo para leer a Francisco Ferrer Lerín, que desvela su letal *flirt* póstumo con la fabulosa Minerva Zafiro Olcina. También el cuaderno-libro calamita o calamar incluye un párrafo de Lerín (al que Minerva llama *Lero*). Tal vez convenga repetir las vocales de Minerva Zafiro Olcina (y de todo en general): IEA AIO OIA. Es un cabalismo rudimentario.

En la paz de la espera por si atacan y dada la penuria de las streameras, empezando por Netflix, nos entregamos a *Colombo* desde el primer episodio, dirigido por Steven Spielberg (*Colombo*, 69 episodios: gloria a Richard Levinson & William Link, ¡y a Peter Falk!).

En el librito de entrevistas de Ursula K. Le Guin citado arriba, manual práctico de escritura, dice sobre la imaginación que “Privarse de ella, atrofiarla o tratarla con desdén es terrible, sobre todo en una mente joven en desarrollo que tiene que ser capaz de pensar en cualquier cosa, es decir, imaginar lo que sea y aprender la diferencia entre lo real y lo imaginario.” Y también dice, como Luis Buñuel, que la imaginación se puede entrenar. Bendiciones. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).